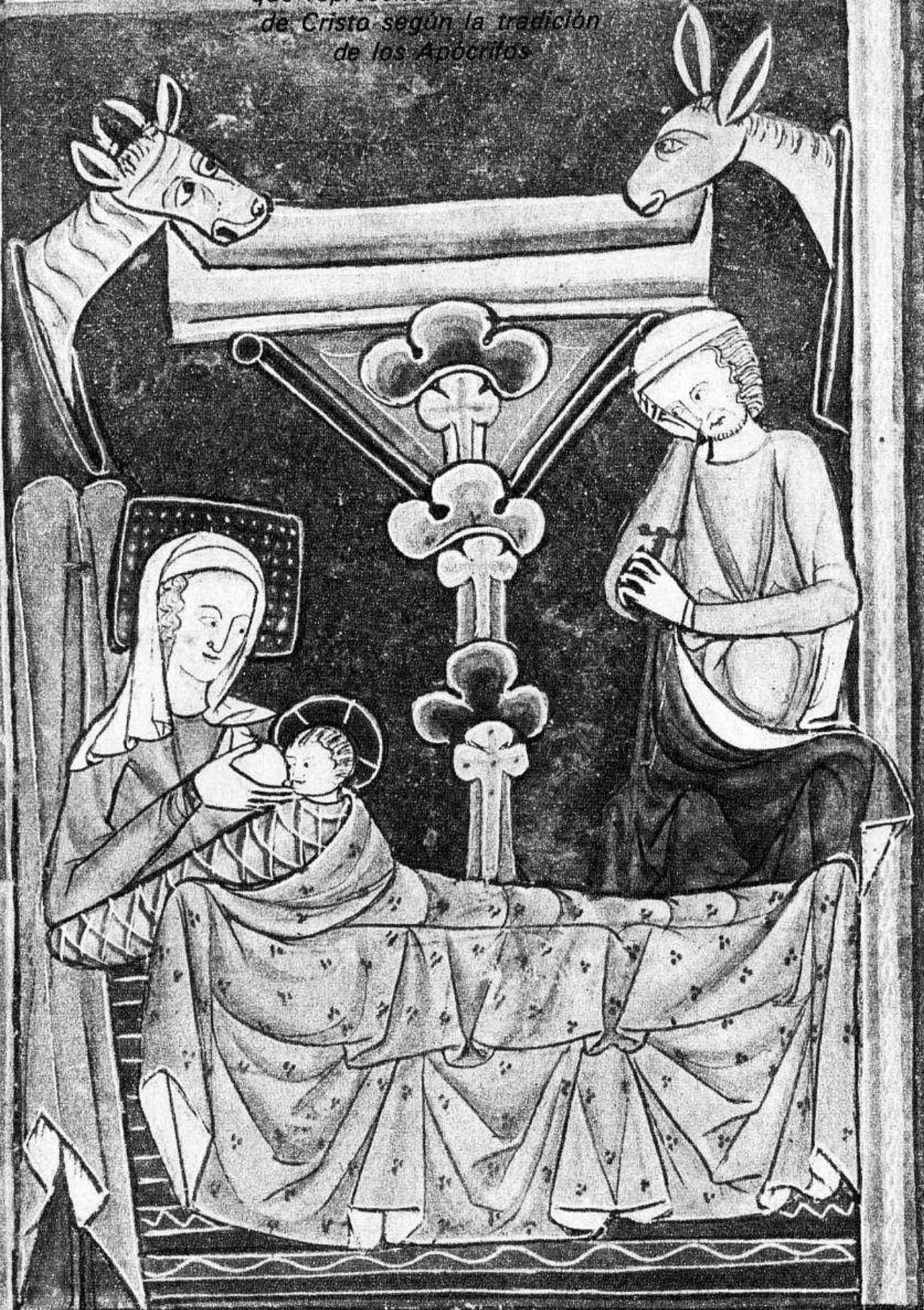


*Miniatura medieval inglesa
que representa el nacimiento
de Cristo según la tradición
de los Apócrifos*



EL NACIMIENTO EN LOS EVANGELIOS APOCRIFOS

Por Néstor Luján

De los cuatro Evangelios, sólo los de San Mateo y San Lucas se ocupan del nacimiento de Jesús. San Marcos y San Juan le presentan ya a los treinta años. Así pues, los Evangelios dejan al cristiano con el deseo de conocer más precisiones sobre el Nacimiento.

Algunos de los aspectos más conocidos sobre el nacimiento de Jesús llegan a la tradición cristiana a través de los Evangelios apócrifos. Así, por ejemplo, la presencia del buey y del asno, la bella historia del milagro de la palmera, las características de la adoración de los Magos y de los pastores, las teorías sobre la degollación de los inocentes, y, sobre todo, las leyendas y milagros

sobre la comprobación de la virginidad de María después del parto.

Todo ello llega a la tradición cristiana a través de los Evangelios apócrifos, que son frecuentemente testigos de verdades y objeto de fe por nuestra parte, y si no de fe de devoción. El sentido etimológico de la palabra «apócrifo» significa «cosa escondida, oculta». Este término sirvió en la antigüedad para designar los libros que se destinaban exclusivamente al uso privado de los adeptos a una secta o a los iniciados a algún misterio. Entre los cristianos se conoció con este nombre a ciertos escritos cuyos autores fueron desconocidos y que desarrollaban temas ambiguos, si bien se presenta-

ban con el carácter de sagrados. Por esta razón, el término apócrifo ha ido degradándose y ha venido a significar, con el tiempo, escrito sospechoso o por lo menos poco recomendable.

Los apócrifos del Nuevo Testamento son aquellos escritos que desarrollando temas análogos a los libros del Nuevo Testamento pretenden de forma más o menos expresa, arrogarse carácter de sagrados y equipararse a los que la Iglesia tiene como inspirados, sin que a pesar de todo, hayan conseguido ser recibidos oficialmente por ella en el canon. Entre todos nos interesan para este artículo los que se refieren a la Natividad, esto es, el «Protoevangelio de Santiago», cuyo supuesto autor es Santiago el Menor, escrito en griego y las dos adaptaciones latinas de este texto que son, respectivamente, el evangelio llamado «Pseudo-Mateo» y «De Nativitate Mariae».

LA VIRGINIDAD DE MARIA

Los apócrifos de la Natividad tienen como finalidad teológica esencial defender la concepción y el parto virginal de María, tema en el cual insiste de una manera realista, un tanto brutal, el «Protoevangelio de Santiago». Responden al interés de los cristianos por hechos que no constan en los evangelios canónicos: padres de María, vida de ésta, circunstancias del nacimiento de Jesús, la viudedad de San José, la mayoría de edad de algunos de los hijos de éste cuando nace Jesús, la presencia de Simeón, hijo de José en el momento del Nacimiento en Belén, el martirio de Zacarías, la identidad de los Magos, etc. En lo que se refiere a la virginidad de María, de estos apócrifos nacen las leyendas de su comprobación por parte de la comadrona escéptica —Salomé de nombre—, a la cual por su osadía se le seca la mano y sólo con el arrepentimiento y la revelación del milagro puede recuperarse de tan gran desgracia. La presencia de las parteras, las matronas a las que se les revela el milagro, está refrendada por muchos padres de la Iglesia (Clemente de Alejandría, quizás el primero, en el siglo III). Puede decirse que esta escena, que luego en arte ha tenido realidad con la célebre escena de «Salomé con la mano quemada» (un mosaico que está en Santa María la Mayor de Roma) es el elemento esencial de todo el protoevangelio.

EL BUEY Y EL ASNO

La presencia del buey y del asno, que ha tomado carta de naturaleza en toda la iconografía cristiana hasta el punto de que muchos la consideran como un hecho histórico, viene del «Evangelio del Pseudo Mateo», que dice así: «Tres días después de nacer el Señor, salió María de la gruta y se aposentó en un establo. Ahí reclinó al niño en un pesebre y el buey y el asno le adoraron. Entonces se cumplió lo que había sido anunciado por el profeta Isaías: «El buey conoció a su amo y el asno el pesebre de su Señor». Y hasta los mismos animales entre los que se encontraba, le adoraban sin cesar. En lo cual tuvo cumplimiento lo que había dicho el profeta Habacuc: «Te darás a conocer en medio de los animales».

Efectivamente, en Isaías (1,3) aparece la frase que este evangelio apócrifo reporta. En cambio, la profecía se buscaría inútilmente en el breve texto del profeta Habacuc que incluye el Viejo Testamento. Esta profecía se encuadra en la antigua «Vulgata», que en este caso seguía la versión de los Setenta. (Como es sabido, la versión de los Setenta es la versión griega de la Biblia realizada en el siglo III antes de Jesucristo en Alejandría por orden de Ptolomeo II y, según tradición, elaborada por setenta y dos traductores judíos). La actual versión de la Biblia sigue el texto hebreo del magnífico y desolador canto de Habacuc, ejemplo supremo de poesía sombría, donde no se encuentra esta profecía, que debió de ser un añadido de uno de los setenta y dos traductores de Alejandría.

El asno y el buey aparecen en toda la iconografía cristiana del Nacimiento y luego se han perpetuado en los belenes navideños. Por ejemplo, en Cataluña las tradiciones sobre la presencia de estos animales en la escena del Nacimiento son muy graciosas e importantes. En algún caso, a partir del siglo XIV se sustituye a veces el asno por la mula y no se conoce exactamente el motivo de esta suplantación. Lo que sí es seguro es que, según todas las tradiciones catalanas, el buey calentaba al niño con su aliento y, en el caso del asno, estaba éste tan contento, que el Niño Jesús le concedió el don de poder reír y se cree que el asno es el único animal que tiene esta gracia. El pueblo considera que el gesto retráctil de los belfos de este animal es la risa, un tanto socarrona, del jumento.



La Virginidad de María es declarada implícitamente en todos los cuadros relativos a la Anunciación. Este se debe a Hans Multscher, pintor alemán del siglo XV



En la pintura superior, debida a Gentile de Fabriano, pueden verse las matronas de que hablan los Apóstoles. Una de ellas, Salomé, no cree en la virginidad de María y al intentar comprobarla, se le seca la mano. Vemos a la derecha una representación muy antigua (del siglo XI) de la adoración de los Magos, inspirada seguramente en el Evangelio de San Mateo y en el Protoevangelio de Santiago, uno de los Apócrifos que contienen más referencias al tema

En lo que se refiere a la mula, es una tradición paralela y se encuentra en las canciones de Navidad del siglo XIV. Sobre la mula hay una antigua tradición en la que se dice que, en tanto el buey calentaba a Jesús con su aliento, la mula, ávida, se comía la paja del pesebre donde reposaba el Niño Jesús y que, por esta razón éste la maldijo y desde entonces este animal es híbrido como castigo de su hambre y de su gula:

*«El pobre bou
bé l'escalfava
i amb son alè
el retornava.
La mula no:
la malcriada,
del bressolet
menjava palla.*

*El bon Jesús
l'ha castigada
pel seu pecat
de menjar palla:
-Mula has sigut,
mula seràs,
però mai més
no criaràs.»*

LOS REYES MAGOS

La narración del «Protoevangelio de Santiago» sobre la adoración de los Magos coincide con la del Evangelio de San Mateo —el único que menciona a estos personajes—, pero tiene con él unas divergencias bien significativas. Ni uno ni otro, hacen re-



ferencia al número, nombre y condición real de éstos. Los apócrifos, por lo general, han consignado datos en que podría haberse nutrido la tradición cristiana. No obstante, no existe precisión en cuanto al número de los Magos: la tradición oriental ponía doce Magos —los armenios llegaron hasta quince—; la occidental, tres. En los monumentos antiguos neocristianos oscilan mucho: en las catacumbas aparecen dos y cuatro. Finalmente ha prevalecido el número tres.

En lo que difieren específicamente el Evangelio de San Mateo y los apócrifos es en la relación de los Magos con Herodes, que es el origen de la dramática degollación de los Santos Inocentes. Tampoco se dice que fueran reyes. En los apócrifos se lee que eran de nacionalidad persa y la palabra mago parece provenir del vocablo persa «mogu» que significa astrólogo. Añado que la conversión de magos en reyes viene por primera vez en Tertuliano: «Nam et Mago reges habuit fere Oriens». La palabra mago había adquirido, ya en los primeros siglos del Cristianismo un matiz peyorativo, como lo prueba la leyenda de Simón el Mago, cuya personalidad se quiso incorporar al Anticristo y por esta razón a los Magos que adoraron a Jesús se les trocó el gorro frigio de los astrólogos y sacerdotes de Mitra por la corona real.

La leyenda de la palmera datilera que inclinó su esbelto tronco para alimentar a la Virgen y al Niño se lee en el «Pseudo-Mateo» y ha gozado de una feliz difusión en Occidente si bien con notables variantes. Asimismo la persecución de los Santos Inocentes y la huida a Egipto son temas que se enriquecen en los Apócrifos pero rebasan la intención de este artículo.

Entre todas las noticias que nos traen los Apócrifos, que, repetimos, no tienen otro sentido que el de completar los datos sobre el Nacimiento y sobre todo justificar la Virginitad de María «virgen antes, durante y después del parto», hay una información, quizá nimia, que no quisiera olvidar: el factor climatológico, curioso para las gentes que viven en nuestras latitudes. El «Protoevangelio de Santiago» como el «pseudo de San Marcos» insisten en el calor que hacía en el momento del Nacimiento; y el segundo habla de la «canícula del desierto». Una imagen bien distinta de las tradicionales obras de la gran pintura religiosa de todos los tiempos en Occidente, que destaca el cuadro invernal propio del mes de diciembre. □